

LA PRECARIEDAD FAMILIAR ANTE LA POBREZA DE LA INFANCIA. UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA

FELIPE MORENTE MEJÍAS
INMACULADA BARROSO BENÍTEZ
Universidad de Jaén

RESUMEN

La pobreza es, en primera instancia, una consecuencia directa de las condiciones socio-económicas y políticas del medio social en el que se observa. Pero a la vez es más; supone un complejo estado personal formado por elementos sociales, culturales y de conciencia individual que se retroalimenta por los propios agentes sociales que viven en dichas condiciones carenciales. Los contextos familiares de pobreza, vistos desde el punto de vista de los menores dependientes, suponen una fuerza social aun más impositiva: representan universos materiales, y sobre todo simbólicos, en el interior de los cuales dichos menores construyen una determinada forma de interpretación del mundo que, en la medida que persista, constituyen un deterioro -y una responsabilidad social- en el devenir de su biografía adulta. Andalucía, con su proverbial capacidad de mostrar contrastes, representa un espacio social vívido en experiencias vitales precarias que se mueven entre recursos pobres e imaginarios ricos.

ABSTRACT

Poverty is in first instance, a direct consequence of political, social and economical conditions of the social environment where it is developed. But it is even more than that, it implies a very complex personal state made up of social, cultural and individual personality elements which is fed back from the social agents that live in those deficient conditions. The family context of poverty, from the point of view of dependent children, is an even more influencing social state; it represents material and symbolic universes. The children creates a particular way to interpret the world inside those universes. If this way of interpreting the world persists, it will constitute a damage to the child's adult development and a social responsibility towards that development.

PALABRAS CLAVES: Familia, infancia, pobreza y exclusión social

KEY WORDS: Family, Childhood, Poverty and Social exclusion.

El hombre nunca es menos miserable que cuando parece carente de todo: porque la miseria no consiste en la privación de las cosas, sino en la necesidad que de ellas se hace sentir.

J.J. Rousseau (1998:106)

Es un reto aproximarse al hecho de la pobreza. Más, si cabe, encontrar el sentido que adopta en la infancia. La pobreza en el mundo de los menores es una realidad que se muestra desarbolada, en ocasiones oculta, y cuando emerge lo hace asociada a problemas lacerantes como en los casos de explotación laboral o sexual, maltrato doméstico, abandono u otras formas de violación de la dignidad. A pesar de su trascendencia, este ámbito de la realidad adolece de un tratamiento sistemático, específico y comprensivo. Y entre otras medidas se echa en falta una nueva mirada que dé cuenta de las condiciones primeras, entre ellas las familiares, en las que cada cual empieza a jugarse el porvenir.

Nuestra intención persigue bajo este propósito una aproximación a la visión de conjunto del problema de la exclusión infantil como realidad singular. Trata de observar cómo la 'pobreza' del medio familiar influye en la infancia de un modo envolvente más allá de la carencia material. Realidad invisible las más de las veces por la escasa consideración prestada a la naturaleza de los problemas de este colectivo, que en modo alguno es asimilable, aunque así se desprenda de las estadísticas disponibles, a la precariedad mostrada por el entorno familiar. Se suele olvidar que los problemas de los menores tienen como sujetos a personas que a pesar de su minoridad tienen razones propias que aportar y que habría de tener en cuenta para su adecuado tratamiento. No sería pues coherente seguir hablando de los niños sin los niños, sin atender al modo de producción de sus significados. Hace ya algunos años que autores como Hans P. Dreitzel (1973) mostraron que desde edades tempranas, desde los cinco años, incluso más jóvenes, los niños ya luchan por la construcción y mantenimiento de una cultura de iguales, relativamente autónoma de las presiones de los de fuera de su mundo, los adultos, aunque muchos de estos niños no sobreviven al intento por la falta de una adecuada comprensión.

Para la aproximación al objeto de estudio que aquí abordamos estimamos que los procesos de exclusión social deben ser vistos como el resultado de una continua interacción simbólica entre los menores que la experimentan y sus grupos de referencia, en no menor grado que otras privaciones objetivas en las que se desenvuelven. Para ello se intentará una descripción de la principales dimensiones que afectan a la pobreza en general como problema social y como problema de identidad, en cuyos respectivos ámbitos se destacarán determinadas dimensiones que dan sentido particular al mundo de los menores. Especial interés muestran las relaciones de convivencia en las que "las personas de poca edad intentan hacer sociedad real a través de los procesos de auto-percepción" de su entorno (Denzin, 1977:13).

El estudio quedará complementado con una lectura de las evidencias disponibles sobre la pobreza a nivel estatal en relación a las mismas condiciones que se dan en Andalucía, desde la que se puede mostrar los contrastes que señalamos.

1. CENTRANDO EL INTERÉS EN LA INFANCIA 'POBRE'

Conviene entender que la pobreza infantil a la que hacemos referencia no es una pobreza

material, objetiva y cuantitativa; ni tampoco referimos la que afecta a los desvalidos por razones de naturaleza o sobrevenida, sino que nos centramos en la pobreza sustantiva, la de aquellas personas que tienen todas las aptitudes necesarias para ocuparse de sí mismo y que no pueden hacerlo porque se encuentran en una situación de pasividad, de vacío. Se hallan así por una privación pasada y reproducida en el presente: porque fueron privados de las condiciones que les permitirían ejercer sus aptitudes de subsistencia autónoma y se les niega en el presente la posibilidad de practicarlas de modo coherente (Esteve, 2003). Los factores que alimentarían esa privación en la infancia se muestran como una constelación de causas concatenantes que se manifiestan, en primera instancia, en el primordial marco de la socialidad infantil en cuyo desarrollo destaca la impronta familiar.

El medio familiar que influye así en la ‘pobreza’ de la infancia es al que denominamos familia precaria. Con ello no se denota una noción moral; ni se pretende describir una situación de carencias materiales. Se trata ante todo del horizonte axiológico desde el que se orientan las bases del comportamiento, desde cuyas carencias se procura desvelar las disfuncionalidades de un entorno familiar que se muestra poco dispuesto a adoptar las disposiciones necesarias para concebir de modo crítico una forma de vida que supere las contradicciones que ofrece el medio social. Se busca entonces detectar que mecanismos o aptitudes no son implicados en la tarea formadora de un tipo de familia que se diferencia de aquellas otras, también situados en la pobreza económica, pero que sin embargo se enfrentan de manera activa y consciente a su entorno. Estos últimos casos representan el modelo de autonomía que a pesar de otros déficit procuran hacer frente a las sinrazones de la sociedad que genera la dependencia, y ante ella se manifiestan con la intención de transformarla. Distinguimos así dos tipos de referencias familiares: las que podemos llamar familias “articuladoras”¹ y las que por las carencias mencionadas serían familias precarias o inarticuladas.

La sociedad de consumo, que por su naturaleza ostensible hace sustantivas las desigualdades sociales, representa el nuevo contexto de la dependencia en “las sociedades opulentas” (Galbraith, 1992) a las que nos referimos. Su dinámica tiende a favorecer la pérdida sistemática de las capacidades autónomas individuales bajo la bandera mítica del desarrollo económico en abstracto. En ella se lee que los que no pueden poseer ‘bienes’ con la regularidad que marca el canon social se encuentran, al menos así es percibido por quienes entran en esta dinámica, en una posición de inferioridad, de discriminación, cuando no de indignidad frente a los demás. Los que caen en sus redes no pueden soñar sus propios sueños, sino que dependen de los sueños que promueven los que Robert Reich (1993) llama “manipuladores del símbolo”, de aquellas personas que juegan el papel social de inventar ideas y maneras de hacerlas deseables y vendibles.

¹ El concepto de “articulación” de Lawrence Grossberg capta bien el sentido que queremos dar aquí a esta expresión. Refiere la construcción de un conjunto de relaciones a partir de otra, muchas veces desenlazar o desarticular una relaciones con el fin de enlazar o rearticular otras. La articulación es una lucha continua por resituar prácticas dentro de un campo de fuerzas cambiantes, por redefinir las posibilidades de vida redefiniendo el campo de relaciones –el contexto- dentro del cual se localiza una práctica (Bauman, 2001:19).

Las familias que cumplen el fundamental papel de reproducción, cuando entran en la dinámica del consumo excesivo, sobre todo cuando se ven desbordadas en sus posibilidades económicas, son las primeras víctimas de la precariedad. Precariedad que se consolida entonces por la mediación familiar en aquellos individuos subsumidos en el consumo al carecer de perspectiva para revelarse contra el paralogismo en el que se desenvuelven. Frente a su propio destino, estos individuos actúan ahora de baluarte de la propia sociedad que los niega. Así, dicho brevemente, se podría entender el mecanismo por el que a pesar de los mayores recursos de bienestar de los que goza la sociedad asentada en la abundancia no terminen de encontrar horizontes de certidumbre ante los problemas relacionados con la infancia. Se manifiesta por ejemplo en el hecho de que “Los ingresos de menores infractores en centros de reforma crecieron un 60 por ciento durante el año 2002 con respecto al año precedente” y en la debilidad de la acción institucional para remediarlo, según reconoce una institución responsable de velar por el bienestar de la infancia².

El desarraigo que muestra un sector importante de la población infantil y juvenil invita, en consecuencia, a cuestionar el contexto interaccional y de procedimiento en el que se socializa la generación de este grupo de edad; máxime al evidenciar el contraste que se da en la opinión social entre la atención prestada al menor y los problemas similares que ocurren en el mundo de los adultos. Puede entenderse entonces que la socialización sea vista como un reto incierto frente a las condiciones y predisposiciones de los adultos que, al desconocer el decisivo papel de “otro significativo” (Mead, 1990) que pueden cumplir con el niño, muestran el lado más débil de una relación que se hace trascendente en el menor al no mediar ante las presiones desiguales del medio. Lo que nos permite afirmar que un proceso que no atienda las singulares demandas que envuelve la condición social del menor -las expectativas que aun con restricciones del lenguaje son expresadas mediante las auto-definiciones que forma el mundo del niño- es un proceso precario y a la postre generador de ‘pobreza significativa’.

De lo dicho podemos inferir la incertidumbre en la que se encuentra el futuro de la infancia. Por el hecho de que todo menor cuenta con alguna red de pertenencia, generalmente el medio familiar, no siempre tiene la posibilidad de disponer de los mismos beneficios protectores, ni siquiera entre los miembros del mismo grupo aunque sea la familia, como suele ocurrir con los hijos en la desigual estructura familiar. Cuando uno busca referencias para conocer el estado carencial de los niños encuentra que los menores están escondidos en la información estadística, social y económica de la familia, impidiendo así una visión clara de su situación. La perspectiva de la infancia está pues dispersa y se pierde con ello la posibilidad de describir al colectivo infantil desde las condiciones específicas en que se desenvuelven.

Dadas las diferencias sociales entre grupos -clases sociales, subculturas, etc.- así como dentro de cada grupo, si queremos profundizar en la situación social real del niño habría que afrontar con los menores las mismas disposiciones ante sus problemas a como se hace con

² Memoria del Instituto Madrileño del Menor y la familia, 2002.

la población adulta. A saber, tendríamos que preguntarles, por ejemplo, cuál es el nivel de satisfacción que experimentan con sus actuales condiciones de vida o, como hacemos aquí, preguntarnos por la precariedad que acompaña el desarrollo de su experiencia vital.

2. LOS ÁMBITOS DE PRODUCCIÓN DE LA POBREZA INFANTIL

El informe anual de UNICEF correspondiente al año 2000, al dar cuenta del estado de los niños pobres en los países industrializados, reconoce expresamente que “hasta hoy no existe documentación claramente suficiente sobre los factores que hacen caer a las personas en los lazos de la pobreza, ni sobre las fuerzas positivas que puedan ayudarlas a volver a salir de ella”. Esta manifestación autorizada nos permite confirmar las escasas herramientas disponibles en el estudio del menor en general, y de la pobreza en particular³, al tiempo que muestra el tardío interés por el estudio de este ámbito de la realidad a pesar de la trascendencia que sus resultados implicarían en las políticas reparadoras de la creciente desigualdad en el entorno de la infancia.

Avanzando en nuestro empeño conviene también señalar que, junto a la escasez de datos, la precariedad muestra gran versatilidad en el caso de los menores y por tanto supone un factor de riesgo añadido en relación con los estudios de los adultos. Es sabido que la pobreza en la infancia afecta de modo especial al proceso de maduración social, impidiendo el normal desarrollo cognitivo que subyace a todo proyecto biográfico pleno, convirtiéndose así en un problema plural: social, cultural y de la identidad personal⁴. George Simmel, al tratar del estudio de la pobreza, distingue al respecto entre estados de carencia material y procesos cognitivos, entendiéndolo por éstos el significado en sí de la pobreza según la percepción que del fenómeno tienen los propios actores de la situación: “El pobre, como categoría sociológica, no es el que sufre determinadas deficiencias y privaciones, sino el que recibe socorros según *las normas sociales*. Por consiguiente, en este sentido, la pobreza no puede definirse en sí misma como un *estado cuantitativo* sino más bien según la *reacción social* que se produce ante determinada situación” (cursiva nuestra, Simmel, 1977:517).

La versión interpretativa de la pobreza que hace Simmel nos permite enfatizar que la pobreza sociológica como concepto se ve condicionada empíricamente por distintos factores de los que cabe distinguir tres planos interpenetrados de la realidad. Un plano respondería a las normas y valores mayoritariamente adoptados por la colectividad en la que se observa la pobreza; otro plano se centraría en observar las condiciones materiales de subsistencia que experimenta una persona o colectivo; y el tercero estaría referido a las ‘prácticas sociales’ o relaciones de proximidad que mantienen las personas en la vida cotidiana; contexto éste que en la infancia adquiere máxima significación para su autonomía, por ser cuando los individuos ensayan los mecanismos básicos de respuesta ante los necesarios dilemas existenciales (Elias, 2000).

³ De las fuentes consultadas sólo hemos encontrado el documento de Olga Cantó y Magda Mercader (1998) *Child poverty in Spain: What Can Be Said?*, International Child Development Centre, UNICEF, Florencia, que trate sobre niños pobres en España, publicado sólo en inglés.

La distinción de estos planos focales son importantes en nuestro análisis porque nos va a permitir aclarar con algún detalle los efectos complejos y desordenados que producen los factores generadores de la pobreza, en función del ámbito y del grado de imposición que presente en la experiencia individual de los afectados, ordenando así la complejidad de la noción de ‘pobre’ conforme a una lógica que atiende a dichos factores según el grado de generalidad o particularidad del contexto⁵. El Esquema I puede ayudar a la comprensión de lo que aquí queremos expresar.

Esquema I: Planos, factores e indicadores que condicionan la pobreza (Esquema orientativo, no exhaustivo)

Fuente: Elaboración propia

En relación al plano más general, el estructural, cabe decir que el fenómeno de la pobreza aparece como una fuerza social que se impone a la población de modo implacable, con

⁴ UNICEF, *Informe Anual 1999-2000*, Centro de Investigaciones Innocenti, Florencia, 2000, p. 12.

⁵ Preferimos esta imagen de gradualidad geométrica que va de lo extensivo y amplio -que guarda relación con los imperativos de la estructura social- a lo intensivo y particular -más próximo a la reflexividad individual-, en lugar de la dicotomía de Thomas D. Eliot que distingue entre “pobreza fundamental” y “pobreza accesoría” para distinguir entre carencia de ingresos pecuniarios y las carencias de aptitudes y actitudes más personales. Cfr. al respecto D. Casado (1994).

escasas posibilidades individuales de modificación (sistema de clases, castas o estamentos). Por su generalidad, el medio representa una fuerza impositiva que incide en un sujeto colectivo y por ello el individuo particular (otra cosa es el individuo como ciudadano con capacidad de acción colectiva) poco puede hacer por modificar. La pobreza a este nivel

<p>Plena de acciones correctivas) poco puede hacer por modificar. La pobreza a este nivel representa una variable dependiente de las condiciones geopolíticas y macroestructurales del lugar de su producción. De aquí que destaquemos el marco social amplio “medio físico, político, jurídico, económico, social” como el primer imperativo exógeno que condiciona la emergencia de la pobreza; como la primera condición “objetiva” de referencia. Por su naturaleza, y según el grado de coerción que imponga, va a influir en primera instancia en la variedad y calidad de los procesos de generación de las <i>capacidades</i> que pueda desarrollar una población (Amartya Sen, 1999) y, en consecuencia, en la diversidad de expectativas que puedan desarrollar sus individuos.</p>	<p>Recursos humanos Equipamientos socio-culturales Servicios/medios de comunicación Institución/educación Hidrología Subculturas Grupos étnicos Etnocentrismos</p>	<p>Indicador de pobreza Ratios censales / OTRAS de recursos Grado de satisfacción/ ind. lectura Tasa alfabetiz. / escolarización Adscripción a grupos de referencia Clases sociales o estratos sociales -Grado de integración social -Índice de xenofobia Prácticas religiosas, asociacionismo</p>
<p>Los indicadores económicos de producción, distribución y consumo, por un lado, y los indicadores macro-sociológicos y demográficos por otro, serían muy adecuados para medir y conocer la influencia de los factores estructurales en la pobreza. Al ser éste un campo de estudio trabajado por distintas tradiciones en las ciencias sociales y en el que se aplican sofisticados métodos y técnicas cuantitativas, optamos por dejar apuntado el hecho y no entrar aquí con el mayor detalle que dedicamos a los demás planos que consideramos más inéditos⁶.</p>	<p>Grupos de convivencia Actitudes de los agentes socializadores</p>	<p>Indicador de pobreza Tipos de trabajo Otras ciencias sociales Obras, cursos, ponencias, etc.</p>

Por su lado, la dimensión cultural de la realidad toma singular importancia ante el fenómeno de la pobreza por la singularidad que muestra el estatus de pobre en la representación social; de modo especial interesa aquí captar el significado que elaboran los miembros de la colectividad afectada por la penuria. La pensadora hindú Vandana Shiva (1995) señala al respecto que “Es útil separar una concepción cultural que considera como pobreza la subsistencia de la experiencia material de la pobreza que resulta del desposeimiento y de la privación. La pobreza percibida culturalmente no necesariamente es auténtica pobreza material: las economías de subsistencia que satisfacen las necesidades básicas mediante el autoabastecimiento no son pobres en el sentido de estar privadas de algo”⁷. Siguiendo con el pensamiento de Shiva sobre el papel de la cultura en la percepción de la pobreza, desde cuya perspectiva crítica de la ideología del desarrollismo económico que se empeña en declarar pobres a los que no participan de lleno en la economía de mercado, comprendemos bien el paralogismo convencional por el que “se consideran pobres a las personas que comen mijo en vez de los alimentos preparados y distribuidos comercialmente (...) Se las considera pobres si viven en casas construidas por ellas mismas con materiales naturales como el bambú y el barro en vez de vivir en casas de cemento. Se les considera pobres, en suma, si usan prendas de vestir hechas a mano y con fibras naturales en vez de sintéticas”. Entender la subsistencia natural y prudente como pobreza es, en definitiva, una ideología cultural interesada que promueve una particular visión del mundo, el capitalismo, como estrategia para justificar el argumento de que desde la producción y el mercado se elimina la pobreza.

La dimensión cultural es como vemos decisiva. Tiene la virtualidad de generar identidades sociales y dinámicas particulares más próximas a las decisiones de los actores sociales adultos. Pero al nivel de la infancia, la cultura se presenta todavía como un factor

dado: como algo ajeno a su voluntad o capacidad de decisión; los niños, en tanto que productos -más que productores- sociales son ante todo “productos culturales”. La impronta mítica que caracteriza la estructura simbólica de la cultura cala hondo en el menor por la forma comunitaria de aprehensión del mundo que tiene el ser humano en esa etapa de la vida. Así, desde las costumbres y otras manifestaciones culturales del grupo social de pertenencia, la cultura representa una fuerza reguladora de las disposiciones para la acción social. Simmel (1977:69-72), afirmando esta tendencia, entiende que el papel de la costumbre es una constante social: “allí donde la coacción del derecho no tiene cabida, ni la moral individual garantiza bastante (...), la costumbre actúa hoy como complemento de ellas dos”. La cultura viene así a regular la acción colectiva más allá de las pulsiones humanas y en defecto de otro proyecto teleológico.

Por último nos referimos al ámbito más sensible a la influencia de las decisiones personales. El mundo de la vida, de los hechos morales, de la reflexividad, son los objetos que forman el que hemos catalogado como tercer plano de la realidad. Tienen en común ser el nivel donde las imposiciones sociales toman contacto con las disposiciones y actitudes personales. La pobreza a este nivel es una construcción social a partir de la concomitancia de factores objetivos y subjetivos. Un primer resultado de la respuesta negativa a la situación de carencias, es el sentimiento compartido por las personas y los grupos que experimentan dichas carencias, independientemente de la forma que manifieste la pobreza misma. La experiencia de la pobreza cristaliza así en una autopercepción que elabora cada persona situada en contextos particulares calificados como pobres o excluyentes por la opinión social. Cada individuo forja así la propia conciencia individual. A partir de ahí entendemos la conciencia como una responsabilidad personal que nada puede evitarla; es totalmente libre y en consecuencia responsable de sí misma. La persona, en cuanto tal, no puede optar por dejar de ser libre en sentido absoluto; sólo puede escoger entre distintos grados y formas de su libertad, lo que no impide que desde la libertad se pueda optar por la dependencia, incluida la pobreza. Pero aún la carencia absoluta de dones no niega la libertad. La libertad siempre permite elegir, y en esta elección se es siempre soberano aunque las posibilidades de elección sean muy limitadas. Como señala J. P. Sartre, incluso en la absoluta indigencia se puede elegir aunque sólo sea entre la vida y la muerte⁸. En la pobreza, con relación a la libertad también caben alternativas, pero con una excepción: la de aquellos que dependen de otros para su subsistencia y por ello ven constreñida su libre elección: de modo ejemplar estaría la infancia.

Los tres niveles de la realidad que forman el esquema analítico que comentamos, que por lo demás son fenómenos complementarios e inseparables y por tanto sólo son

⁶ La mayoría de los estudios sobre pobreza realizados en nuestro entorno se centran en este nivel de análisis, bien para determinar su dimensión absoluta o, como tendencia más habitual, estimar la relativa; esto nos permite disponer de diversas fuentes de datos secundarios desde los que abordar estudios más focalizados. Para una visión global e introductoria Cfr. A. García Lizana (1996). Para el caso de Andalucía ver Pérez Iruela, Sáez y Trujillo (2002).

⁷ Las referencias relacionadas con Vandana Shiva pueden consultarse en la página web, www.cccbaxaman.org/pobreza/shiva.

comprensibles en el contexto particular en el que toman sentido, nos permiten ver con mayor claridad cómo opera la mecánica de determinación de la condición social de la dependencia, perturbando así el proyecto de autonomía personal de los menores que se ven envueltos involuntariamente en una situación que se le impone. Al fin y al cabo, como señala Norbert Elias, “el ser humano individual vive y ha vivido desde pequeño dentro de una red de interdependencias que él no puede modificar ni romper a voluntad sino en tanto lo permita la propia estructura de esa red. Vive dentro de un tejido de relaciones contingentes que, al menos en parte, se han depositado sobre él dando forma a su carácter personal. Y *según el tipo de tejido* que se arme es donde se puede *encontrar el problema*, dado que el contexto funcional posee una estructura muy específica en cada grupo humano” (cursiva nuestra, Elias 2000:29), en cada familia, cabe decir. Tratar de conocer cuáles son las peculiares formas que constriñen en el niño su percepción autónoma de la vida es la cuestión que nos aventuramos a ensayar.

3. LAS CONSTRICCIONES FAMILIARES DE LA PRECARIEDAD INFANTIL

La pobreza consiste en no ser querido, dice el intuitivo escritor Ben Yelloum y razón hay en ello aunque no sea toda razón. La carencia de recursos materiales es sin duda la primera evidencia de la pobreza, además de ser la manifestación que permite localizar a los carenciados; pero en la infancia, conviene insistir, el aspecto material del problema no es la causa principal de su vulnerabilidad, al menos bajo criterios no demasiados apegados a un enfoque etnocéntrico. Lo que destaca en la infancia pobre es sobre todo un proceso potencial de desajuste en la formación de su identidad social debido a los factores que hemos anotado más arriba pero de modo especial por el desarraigo cultural y emocional en el que se desarrollan. Se ha podido demostrar que en los hogares deprimidos se generan menos relaciones de afecto y menos estímulos que inciten al niño hacia actividades para su autonomía personal.

El afecto, la atención, la confiabilidad como respuesta a sus demandas, son actitudes que se estiman centrales en el seno socializador del menor (Morente, 1997). La carencia de estos elementos primordiales del bienestar del niño tiende a generar una situación anómica a la que podemos llamar por sus efectos cognitivos “pobreza significativa”. Entendemos por ella un proceso de aprendizaje relacionado al contexto existencial en el que se vive la pobreza. Algunos autores clásicos que han influido en la visión actual del problema han tratado esta cuestión de un modo más estático, más estructural: como un fenómeno cultural persistente más que como una producción interaccional dinámica que es susceptible de superarse actuando contra las condiciones de dependencia. Harrington (1965) ha entendido la situación de los pobres como una fatalidad. Según él cometieron el error de nacer de padres en mala situación, o en una región inadecuada del país, de trabajar en empresas inadecuadas o, sencillamente, de pertenecer a un grupo étnico o social mal valorado socialmente. A los así caracterizados Harrington los “condena” a la

⁸ Para acceder a la idea de conciencia como libertad personal y su relación con las tesis existencialistas Cfr. J.P. Sartre (1984) y las notas introductorias de J.M. Ortega de la misma edición.

cultura de la pobreza.

Oscar Lewis (1969) por su lado es menos determinista en la interpretación de la pobreza. Distingue entre pobreza y cultura de la pobreza. Para que aparezca ésta son necesarios algunos requisitos de entre los que destaca una estructura de economía capitalista con problemas estructurales agudos: alta tasa de paro, condiciones laborales precarias, escasa cualificación de la población, etc., ausencia de organización entre los pobres para la defensa de sus intereses, alta valoración de la posesión de bienes materiales, entre otros. El autor cae sin embargo en cierta inercia al no tener en cuenta la capacidad de influir que tiene la entidad personal como agencia. Vemos, en síntesis, que ambos autores adoptan perspectivas que no descienden a los detalles de la dinámica interaccional en la que la perspectiva de la acción toma especial protagonismo y que aquí nos interesa profundizar. Pensamos por ello que la noción de pobreza significativa que acabamos de apuntar es más apta para referir la situación de pobreza de la infancia, para quien el proceso, esto es, el modelo de orientación, es más impactante que la situación carencial en sí.

De la dinámica interaccional en la que se inscribe la orientación básica del menor, interesa sobremanera observar los desajustes de la convivencia que dan lugar a la pobreza significativa. Se puede comprobar que tales desajustes son debidos, en principio, a una inadecuada interpretación de los límites que se han de establecer en la generación de expectativas, tanto emocionales como materiales, para el desarrollo armónico de la vida del menor. Una imagen próxima de lo que aquí queremos expresar podemos encontrarla en el concepto de “anomia” de R.K. Merton (1980), donde se abordan los problemas de desajustes que se dan entre *finés* socialmente definidos y *medios* individualmente adoptados para alcanzarlos. Merton sostiene que el comportamiento desviado es un síntoma de disociación entre metas culturales propuestas y estándares de vida prescritos para todos (aunque no aceptados por todos) y los modos de vida disponibles para alcanzar dichas metas. El ser humano individual siempre está atado de un modo muy determinado por su interdependencia con otros. Pero el margen de decisión individual va a diferir de una sociedad a otra y, dentro de una misma sociedad, de una época a otra y dentro de cada época de una posición social a otra. Esto es, que la capacidad última de influir en las disposiciones personales dependerá de la gestión familiar particular que se haga de los recursos sociales disponibles.

El desajuste interpretativo que da pie a la pobreza significativa consistiría, pues, en no saber calibrar las posibilidades reales o potenciales con las que cuenta la unidad familiar para llevar a cabo un proyecto de vida. En particular, el desajuste interpretativo se da cuando las personas adultas que intervienen como agentes responsables de la unidad de convivencia no actúan críticamente ante las contradicciones y las “falsas imágenes” que se promueven en el entorno social⁹. La capacidad mediadora en la transmisión de los mensajes educativos a los menores depende en alto grado de la idoneidad que alcancen los agentes de socialización en la *gestión de las decisiones domésticas* ante sus respectivos socializandos. Pero no se puede caer en el fatalismo antes denunciado. La posibilidad de remover obstáculos en todo momento es consustancial con el ser humano. Como toda gestión de recursos escasos, incluidos los emocionales, la destinada a favorecer la formación de conductas autónomas también es susceptible de ser modificada, de mejorarse o, en otros casos, de

deteriorarse.

4. ALTERNATIVAS A LA POBREZA

Se ha podido comprobar en investigaciones con niños, que los seres humanos a diferencia de otros organismos pueden acceder a la organización de su propia conducta; y el niño, al igual que el adulto, puede formar, definir y negociar sus relaciones con el mundo externo de los objetos, de los otros y de las situaciones sociales. Los niños como actores sociales podrían incidir así en la organización de su propia secuencia de desarrollo, cerrando etapas certeras, retrocediendo a otras, ignorando incluso otras, y quizás creando etapas o fases que aún pueden ser imaginadas (Denzin, 1977). Estas posibilidades de autoconciencia que se han destacado en los menores están estrechamente relacionadas con las potencialidades que cada individuo pueda desarrollar y le sea permitido optar, prescindiendo de la mayor complejidad que suponga un contexto de pobreza.

Como propuesta se podría establecer que, el desenvolvimiento de una adecuada gestión de las decisiones domésticas quedaría esbozado cuando se establece con algún criterio de valor un “núcleo de intencionalidad”¹⁰ en el que se puedan basar las decisiones que favorezcan un equilibrio entre necesidades, aspiraciones, potencialidades y autonomía de las personas insertas en una red de convivencia. Este núcleo de intencionalidad regiría los comportamientos ante los quehaceres de la vida cotidiana y, de modo especial, ante los dilemas que aparecen entre las personas que comparten un hogar u otro medio de convivencia. Compensar la pobreza significativa sería entonces un ejercicio similar a promover en el menor un estado de conciencia autónoma desde la ejemplaridad de las tareas mismas de la convivencia. En teoría sería posible esta meta, incluso, en aquellas circunstancias en las que la pobreza es absoluta, porque el ser humano siente la necesidad en algún momento de ser uno mismo a costa incluso de la presión cultural y de la inercia del medio que presiona para que todos los miembros del grupo adopten el comportamiento colectivo. De hecho, la pobreza se caracteriza por la falta de estímulos para romper la tendencia general de conformar la propia identidad según la identidad grupal en la que se ve inserto. La situación de pobreza refuerza este conformismo; la pobreza es un factor añadido que refuerza todavía más la inercia de permanecer adaptado a las circunstancias del propio colectivo.

Cuando se aprecia que los menores prolongan esta situación de dependencia ante la pobreza se hace necesario preguntarse por los medios disponibles para iniciar acciones compensatorias que tiendan a promover su autonomía. Se trataría entonces de operar con intención de proveer de un núcleo de intencionalidad apto para el contexto de procedencia del menor en precariedad, pero incluyendo en el proceso los intereses y la participación de los propios menores. Dichas acciones consistirían en promover políticas destinadas a generar en el contexto familiar una adecuada gestión compartida

⁹ Ignacio Gómez de Liaño (1989) llama *mentira social* al mecanismo social de autoengaño que actúa a través de los significados que emiten los reclamos publicitarios y otros mitos sociales en general.

de los recursos de convivencia, donde se estimarían de manera diferenciada los apoyos necesarios a los distintos tipos de déficit estructurales, culturales e individuales que los originan. Las políticas compensatorias de los respectivos planos carenciales tomarían apoyos correlativos basados en una red comunicativa que iría desde las necesarias intervenciones desde los poderes públicos, instrumentado recursos y políticas sectoriales compensatorias, a la implicación de los ciudadanos conscientes de la necesidad de erradicar la pobreza, mediante organizaciones o movimientos sociales. Pero el foco de acción consistiría en hacer conscientes a los miembros de la familia precaria de la necesidad de una toma de postura. Serían apoyos sociales, profesionales o institucionales dirigidos a los propios agentes socializadores implicados directamente en la gestión de los recursos de la convivencia, favoreciendo así un horizonte de certidumbre y de estímulo para la autonomía personal de todos los miembros.

La movilización de los diversos recursos necesarios para orientar un programa de intencionalidad se articularía en torno a dos tipos de gestiones: las instrumentales, que estarían dirigidas a manejar con sentido los recursos y disponibilidades que tienen que ver con el bienestar material y funcional de las personas (incluido el capital social), y las expresivas, referidas a la modulación de actitudes dirigidas al decisivo mundo emocional de la infancia. La estrategia orientativa partiría de dos ideas motrices. La primera consistiría en valorar las limitaciones que impiden un ambiente expresivo en el medio familiar, al tiempo que observar la naturaleza de las carencias instrumentales. Esto conllevaría estar en disposición de proponer una alternativa capaz de compensar las deficiencias de ambos tipos de carencias detectadas. Supondría, en primer lugar, romper con las acciones rutinarias, formalismos y estereotipos que se dan por sentados en el medio social, reforzados y reproducidos por las agencias especializadas (públicas y privadas) en tratar con los problemas sociales. El núcleo intencional así impulsado procuraría redefinir el impasible modelo actual de redistribución de los recursos instrumentales, haciéndolo efectivo al posibilitar que los enclaves de la infancia que requieran más apoyos y de manera más prolongada puedan acceder a ellos sin demoras innecesarias que afectarían a sus proyectos personales.

La segunda idea se refiere al cuidado de los productos y las relaciones que alimentan la autopercepción del niño. Al principio de la sección hemos anotado que las personas, incluidos los niños, pueden acceder a la organización de sus propios intereses; hemos dicho también que la auto-reflexividad, en cuanto que producción de la conciencia, es una cualidad que puede desarrollar toda persona aún en situaciones de precariedad social o material, aunque condicionada en diverso grado por los factores ambientales, culturales e interaccionales. Pero sobre todo requiere de estímulos y de una abierta disposición de quien participa en su propio proyecto personal. E. Fromm sostiene al respecto que “El individuo carece de libertad en la medida que todavía no ha cortado enteramente el cordón umbilical que lo ata al mundo exterior” (E. Fromm, 1982:47). Para superar la tentación de mantener el vínculo de la dependencia habría que recurrir al estímulo de las mejores cualidades de los sujetos dependientes.

¹⁰ El núcleo de intencionalidad podría tener relación con las condiciones de imparcialidad que postula J. Rawls (1993) y que afectaría al conjunto de razones, creencias, recursos y aspiraciones que orienta el modo de vida de las personas que conviven en un núcleo común.

La intervención social pública, única instancia que puede racionalizar una acción concertada de la naturaleza aquí expuesta, tiene entonces la responsabilidad de hacer posible el nudo entre lo supra y lo individual. Para ello tendría que comprender el entramado social-emocional en el que se desenvuelve la dependencia. Para ello tendría que cambiar su modo de proceder si quiere legitimarse como agente emprendedor de las circunstancias en la que se mueve su nuevo rol. Tendrá que reorientar su excesivo sesgo burocrático a favor de una mayor apertura a la participación social ciudadana. Los individuos que participan en la ejecución de su destino participan de la simbiosis entre lo público y lo privado. Quien se integra en esta dinámica “remodela al mismo tiempo la estructura de su carácter (Fromm, 1982).

5. ALGUNAS EVIDENCIAS EMPÍRICAS

Una mirada a la realidad nos puede informar sobre el grado de acierto o no que contiene el discurso propositivo que precede. Nos interesa de modo particular los datos y estudios que señalen aspectos sobre cómo influyen los planos de la realidad en el déficit de autonomía de los menores. Así podremos comparar como destaca la pobreza significativa respecto de la pobreza cultural o estructural. Las referencias seleccionadas con este fin proceden de fuentes estadísticas secundarias y de otras informaciones de estudios cualitativos realizados en este campo.

Ambas fuentes de información dan lugar a la discusión que se recoge en los dos epígrafes siguientes.

5.1. DIMENSIONES CUANTITATIVAS DE LA POBREZA

Las condiciones en las que vive la infancia en España en relación con otros países, según los indicadores de UNICEF para las naciones ricas, muestran una significativa dependencia en relación con la situación económica: un 12,3 por ciento de niños viven en hogares pobres, aspectos que hace situar a la población infantil española hacia la mitad de la escala de pobreza de los países de mayor renta, que va desde la de menor proporción hallada en Suecia, con el 2,6 por ciento de la población infantil, hasta la más alta del 26,2 por ciento de México¹¹.

La lectura con detalle de estos datos referidos a la dimensión económica de la pobreza en general indica que las carencias materiales se hacen sentir más en la infancia que en los adultos aún en el interior de la misma unidad familiar. Una razón que cabe argumentar es la de que al depender el menor de los ingresos de los padres y tener aquel escasas posibilidades de cambiar por sí mismos la situación de partida, los hace más vulnerables que a los adultos en número de afectados así como en la mayor duración de la precariedad. Según datos del EUROSTAT (1997), la proporción de niños que viven en familias pobres en Europa es de un 20 por ciento más que la de adultos; lo que supone tres puntos más que la media correspondiente a la población general en el mismo periodo. Así mismo se constata que se da una mayor permanencia de la infancia en la pobreza en relación a los adultos que comparten un entorno similar, lo que favorece la aparición de otros riesgos que trascienden la pobreza material para llegar incluso a afectar las bases del aprendizaje de los niños, dando como resultado desigualdades en la movilidad social y económica

entre generaciones (Machín, 1998).

Observando la evolución de otros indicadores no dinerarios referidos a la infancia, se aprecia una importante mejora en el bienestar de los niños españoles con el transcurso del tiempo. Entre los avances más llamativos se halla que: la tasa de mortalidad infantil bajó un 80 por ciento entre 1960 y principios de los noventa; la escolarización es un logro universal dado que la ratio neta de escolarización ha llegado a alcanzar el 100 por cien de los menores en edad escolar y la dieta alimentaria en términos generales es más diversificada y rica en proteínas. Estas mejoras entre otras son debidas por lo general a razones de contexto, por los procesos de cambio que ha experimentado la sociedad española y por los avances del Estado de bienestar que se consolida durante estos años.

Si nos detenemos en aspectos concretos de las condiciones familiares podemos encontrar entonces las razones que hacen aparecer la pobreza objetiva de la infancia. Dos variables son importantes al respecto, el “perfil demográfico de la familia” y el “estatus socioeconómico de los padres”. Según la primera dimensión, la tasa de pobreza es relativamente alta entre los niños que viven en familias numerosas -más de cuatro miembros-, y en las familias formadas sólo por un adulto y un menor. Estos dos tipos de hogares cuentan con más del 64 por ciento de los niños pobres. En los últimos años está apareciendo un nuevo foco de niños pobres entorno al creciente número de familias monoparentales, donde la tasa de pobreza infantil casi se duplicó a partir de los años ochenta (del 25,4 por ciento al 43,8), a pesar de la todavía baja proporción de la monoparentalidad entre el conjunto de las familias¹².

Por su lado, según el status económico familiar, la situación que más influye en la probabilidad de acceder a la pobreza se da en niños que pertenecen a familias con el padre en paro. En el extremo contrario, como es obvio, están las familias encabezadas por parejas en las que ambos cónyuges están empleados; tales hogares muestran la tasa más baja de pobreza infantil (solamente alrededor del 3 por ciento en 1990).

Profundizando un poco más a través del análisis de la evolución de la pobreza infantil en España, se constata, coincidiendo con nuestra hipótesis sobre la importancia de la gestión de las responsabilidades domésticas, que “Los factores de riesgo que tienden a influir en la probabilidad de que un niño entre o salga de la pobreza están condicionados en gran medida, además de por el perfil de los padres del niño, por la presencia o la ausencia de otros miembros de la familia extensa” (Cantó y Mercader, 1998:20). La importancia de otros familiares al lado de un padre o una madre en situación de soledad paterna/materna, nos confirma que el juego interaccional del grupo de convivencia se enriquece por la suma de apoyos adecuados provenientes de los miembros adultos dispuestos a ayudar en el cuidado de los niños. Así tenemos que, siendo las familias monoparentales en general uno de los tipos que presenta mayor probabilidad de que los niños se hallen en situación de pobreza, encontramos que, de entre ellas, las formadas por madres o padres solteros que son acompañadas por otros familiares adultos: padres o hermanos, es más frecuente que “El niño salga con más facilidad de la pobreza que en los hogares de un solo padre o madre”. Los datos se refieren a la proporción de niños que viven en pobreza infantil, generalizada, con ingresos por debajo del 50 por ciento de la media nacional. Cfr. para lo aquí referido el *Inocenti Report Card*, ONU (2000).

madre (separados, viudos, etc.) que permanezca más aislado de este tipo de apoyos.

Situándonos en una óptica territorial tenemos que, según los estudios regionalizados sobre la pobreza en España, la mayor presencia de ella se halla en la línea fronteriza con Portugal y la que demarca Andalucía con el resto de España (Alonso Torrens, 1998; García Lizana, 1996; FOESSA, 1994; Martín, *et al*, 1989; Pérez Iruela *et al*, 2002). En Andalucía, además, la pobreza tiene algunas particularidades dignas de reseñar en relación con la edad. Según el Informe de Pérez Moreno (1999:22), la población pobre en España es cada vez más joven (32,8 años de media) debido a la creciente proporción de niños y adolescentes menores de 15 años que acceden a dicha situación en relación con las personas mayores de 65 años. La mejor situación en la que se hallan las personas mayores con respecto a décadas anteriores se debe en parte a la política de pensiones que ha promovido el Estado, pero sobre todo a la mayor prolongación de las condiciones de la pobreza de los menores. De modo que, en la actualidad, por cada anciano que vive por debajo de la línea de la pobreza hay 2,1 niños o adolescentes menores de 15 años.

En la comunidad andaluza la situación se agudiza según la edad, como ocurre con otros indicadores que venimos observando. La media de edad de los pobres andaluces está entre las más baja de España, situándose en 29,7 años. La razón está en el grueso de niños en situación de pobreza que hay en la región en comparación con el resto de España.

Por otro lado, atendiendo a los gastos e ingresos mensuales de los hogares pobres andaluces apreciamos que Andalucía es una de las tres regiones españolas con mayores niveles de gasto familiar, influyendo en ello sin duda el tamaño familiar, pero también las actitudes ante el ahorro, Navarro Botella (1998) y Pérez Moreno (1999). Si la pobreza significativa tiene algún correlato directo con los indicadores que utilizan los analistas de la pobreza económica, éste puede encontrarse entre los datos que muestran los comportamientos de las poblaciones pobres con los recursos de existencia, y más directamente con los recursos dinerarios. Decíamos al conceptuar las dimensiones de la pobreza, y sus consecuencias para la infancia, que la mediación de los adultos en la gestión de los asuntos de la vida cotidiana y el significado que de ello capta el menor constituye una de las cuestiones más decisivas en la formación de la cosmovisión del niño. Y bajo dicha formación, una de las primeras referencias en las que basa el menor su comprensión es en la manera de obtener *sus cosas*: la forma de usar el dinero para conseguirlas¹³.

5.2. HACIA UNA COMPRESIÓN DE LAS EVIDENCIAS

Otra forma de acercarnos a la pobreza significativa es a través de la visión que tienen los propios menores sobre las consecuencias que tienen en sus vidas las decisiones domésticas en las que se han desenvuelto. Hemos recurrido para ello a detalles del análisis que llevamos a cabo en la década de los noventa de la información proporcionada por un colectivo de jóvenes y adolescentes que pasaron parte -en algunos casos la totalidad- de su vida infantil

¹² Entre 1973 y 1990, aunque la caída neta en la proporción de la población que vive en familias numerosas, la tasa de pobreza de niños en este tipo de familias aumentó sensiblemente: entre los hogares de cinco miembros alcanzó un 59'8 por ciento, y en los de más de seis miembros representa cerca del 20 por ciento (Cantó y Mercader, 1998:16).

en un centro de protección. Los entrevistados fueron jóvenes que tuvieron la necesidad de recurrir a dichos medios institucionales de internamiento para complementar o sustituir el medio familiar durante la primordial edad de su infancia, de su primera socialización.

El trabajo que referimos fue llevado a cabo mediante un conjunto de técnicas formada por la observación, entrevistas focalizadas y reuniones de grupo. El estudio procuró profundizar tanto en las prácticas observadas de la vida institucional como en el sentido que emergía de los discursos de los jóvenes entrevistados sobre sus vidas¹⁴. El grupo objeto de estudio lo formaban jóvenes de ambos sexos residentes en centros de la provincia de Jaén, con la particularidad añadida que durante su internamiento tuvieron la oportunidad de experimentar modelos diferentes de organización. Dichos modelos correspondían a dos estilos formativos arraigados en la tradición educativa de la cultura local: el que procede de un pensamiento religioso y el que se orienta en una visión secular paternalista. Se llamó a cada una de las experiencias “modelo laico” y “modelo religioso” para facilitar la exposición de los resultados.

La intención programática que subyace en cada modelo queda expuesto de modo resumido en el siguiente esquema, en el que se recogen los núcleos programáticos más representativos que los caracteriza:

⇒ Modelo religioso:	→ Orientación normativa / emocional
⇒ Modelo laico:	→ Orientación burocrática / racional

En líneas generales, la opinión de los residentes muestra cierta polaridad ante ambos modelos. Los menores asistidos tenían clara conciencia de donde estaban; la institución de acogida no sólo es un centro de formación, sino que se constituye en la matriz central desde la que se establece la forma simbólica comunicativa en la que el individuo construye su propia identidad en torno a un conjunto de estilos, valores y recursos sólo así disponibles. En este sentido, sobresale la opinión común de los residentes acogidos a la hora de destacar el compromiso social solidario como valor de especial importancia, no sólo como atmósfera referencial de los discursos, sino más bien como forma de vida manifestada en la praxis institucional: en tanto que espacio social formado por estructuras normativas y afectivas que son demandadas por la necesidad de contar con enclaves de certidumbre e interacciones sociales que se asocian con un modelo de referencia en la construcción de la identidad. Desde ese espacio social ideal es desde el que los menores evalúan sus comportamientos y desde el que justifican comportamientos alternativos como subterfugios para la supervivencia.

Frente a esta forma de *hacer* comunidad residencial (E. Goffman, 1988) basada en la solidaridad entre los asistidos, se da la vida “reglamentada” del centro, más preocupada en disciplinar las acciones individuales según los ritmos normativos de la institución que en atender los problemas formativos y humanos de los menores. Es una tendencia que, por lo demás, comparten ambos modelos. Por eso ninguno se ha mostrado adecuado a las necesidades y expectativas que se habían forjado los menores al entrar. Hubo no obstante, con distintos grados de convicción y por distintas razones, opiniones que se inclinan por una u otra forma de gestión que merecen ser tenidas en cuenta. A partir de ellas se han podido destacar elementos apreciativos que cada modelo lleva en ciernes. Quizá sea más correcto decir que son “razones” por las que cada modelo de organización es más

funcional a determinadas tipologías de personalidad. Visto retrospectivamente según las trayectorias que han cursado los residentes en sus vidas adultas podemos resumir en los siguientes rasgos las formas de identidades personales a las que han dado lugar cada tipo de gestión institucional de la convivencia:

- El modelo de orientación religiosa. Es valorado por aquellos discursos que aceptan la inculcación de normas de manera acrítica y tienden a la conformidad con los valores dominantes; la jerarquía y la emotividad a ella asociada es una característica importante entre los que participan de este discurso. Este es un modelo que se presenta atractivo para aquellos menores que tienen déficit de afectividad, para los que provienen de ambientes muy desarraigados, y para los que tienden a ser conformistas con lo que le viene dado. El religioso, tal como se aprecia en las interpretaciones de los discursos estudiados, es un modelo socializador incluyente que no discrimina a nadie si no cuestionan el sistema normativo establecido, aunque desde él se jerarquiza. En contraste, el joven identificado con este perfil que no se integra tiende a desarrollar una biografía marginal con tendencia a la pobreza y, en definitiva, a la “integración” en grupos denominados contraculturales.

- El modelo de orientación laico. Es un sistema socializador útil para aquellos discursos que muestran una perspectiva vital y competitiva, que valoran la independencia y que consideran a la institución como un medio fácil y económico para alcanzar el estatus social que por otra vía ofrecería más inconvenientes. Diríamos que proporciona un marco de relaciones adecuado para quienes lo importante en la vida es la dimensión instrumental de su proyecto personal. Este modelo de gestión es apreciado sobre todo por quienes tienen satisfechos otros órdenes personales como las necesidades emocionales y las aptitudes instrumentales fácilmente aplicables en la vida cotidiana, pero carecen de recursos. En este modelo los menores con una destacada capacidad intelectual, con independencia de otras carencias, consiguen más fácilmente estímulos compensatorios que afectan a todos los órdenes de las carencias que pudieran afectarles. Los menores que muestran disposiciones y aptitudes compatibles con este modelo, pero que a pesar de ello no se integran socialmente, tienden a desarrollar actitudes individuales inconformistas, con la mirada puesta en la defensa de lo propio.

- Los menores cuyo discurso no encaja en alguno de los anteriores modelos tienden a buscarse la vida “por su cuenta” o a ir “a su bola”. Los que se integran lo hacen como autodidactas frente a las dificultades que encuentran en el modelo institucional impuesto. Los que no se integran inician carreras dispares con resultados diversos en cárceles, drogadicción o prostitución; estas son alternativas a las que han derivado varios y varias jóvenes que vivieron en estos centros y que participaron en el estudio de referencia.

¹³ Una visión de la influencia de los objetos y la forma de su posesión en la primera infancia puede consultarse en Morente, R. (1982).

¹⁴ Para más detalle sobre la metodología, análisis y conclusiones del estudio que sirve de referencia a la reinterpretación que aquí presentamos de los mismos hechos, Cfr. Felipe Morente (1997:175 -182).

Los déficits que mostraron ambos modelos ante el reto que se les presentaba de dar respuesta adecuada mediante un proyecto basado en un “núcleo de intencionalidad” y diversificado según el tipo de carencias que presentaban los menores atendidos en sus establecimientos, quedaron en entredicho por la propia opinión de los afectados y, sobre todo, por las biografías desarrolladas en su posterior etapa de “inmersión” social como adultos.

CONCLUSIONES

Los resultados de las biografías que hemos tenido oportunidad de conocer en situación precaria han mostrado distintos itinerarios. Los jóvenes que han tenido la ocasión de desarrollar una forma de vida satisfactoria, o al menos así sentida, han procurado olvidar cuanto antes su experiencia institucional, han intentado con distinta suerte formar enseguida una familia y dedicarse por completo a la crianza de sus hijos. Estos jóvenes hoy padres saben muy bien cuál es el problema que a ellos les afectó de modo profundo. Muchos y muchas jóvenes de aquella experiencia se encuentran en situaciones laborales precarias, echan en falta tener a alguien que les ayude a encontrar trabajo. Otros y otras tienen grandes dificultades para llevar una vida autónoma por falta de destrezas profesionales y sociales, pero sobre todo porque han asumido su identidad marginal y el estatus de pobre.

Muchos de los perfiles humanos descritos son una clara consecuencia de los efectos de la pobreza significativa. El retrato de la pobreza que se manifiesta aquí se expresa ante todo como una carencia del sentido de la vida. Los modelos socializadores no han sabido resolver el dilema que se les planteaba. Como en tantos hogares que generan pobreza o la reproducen. Como la propia sociedad. En última instancia no se puede entender la pobreza sin apelar a la desigualdad social intrínseca que se desprende de la estructura social y, en general, del reparto del bienestar basado en la lógica del mercado. Bajo la actual hegemonía del mercado es característico ver cómo individuos, familias y amplios sectores sociales entran en una dinámica enajenadora que derivan con alta frecuencia en una pobreza significativa crónica.

Las contradicciones existenciales no sólo están en las conciencias individuales sino que forman parte del imaginario colectivo. Mientras poblaciones del Tercer Mundo carecen de casi todo, los habitantes del mundo del bienestar hacen una mala gestión de los recursos vitales. En este contexto es en el que estamos discutiendo los datos y la comprensión microsociológica de la pobreza de los niños; no se vea por ello la responsabilidad sólo en los entornos familiares inmediatos aunque sí su primer e imprescindible paso en el objetivo a alcanzar porque, como ha señalado John O’Neill “Una teoría de la socialización del niño es implícitamente una teoría de la construcción de la realidad social, si no lo es de un particular orden social histórico”.

Quizás muchos de los problemas que nos envuelven en la cotidianidad y que achacamos a las fuerzas sociales y a la confrontación de intereses políticos pueden resolverse desde un aprendizaje de la coherencia de la identidad. No es posible una crítica del orden social injusto sin un sentido personal de la autonomía y de la responsabilidad. ¿Se podría valorar

el interés común sin fomentar primero en los menores el concepto de autonomía personal? ¿Es compatible la educación del niño con la exhibición consumista de trasfondo en la que se desenvuelven? La siguiente cita de J. J. Rousseau nos puede ayudar a cerrar el texto para proseguir el debate: “¿Sabéis cual es el medio más seguro para hacer miserable a vuestro hijo? Acostumbrarlo a obtener todo; porque, al crecer de modo incesante sus deseos por la facilidad de satisfacerlos, antes o después la impotencia os obligará, a pesar vuestro, a llegar a la negativa, y esa negativa insólita lo atormentará más que la privación misma de lo que desea.” (Rousseau,1998:115).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO TORRÉNS, F. J. (1998): *Distribución territorial de la pobreza económica en España hoy 1996*. ed. Popular, Madrid.
- ARIÈS, Ph. (1987): *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus, Madrid.
- BAUMAN, Z. (2001): *La sociedad individualizada*. Cátedra, Madrid.
- BOURDIEU, P. (1988): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.
- CANTÓ O. y MERCADER M. (1998): *Child Poverty in Spain: What Can Be Said?* Occasional Papers, UNICEF, Florence.
- CASADO, D. (1971): *Introducción a la sociología de la pobreza*, ed. Foessa/Euramérica, Madrid.
- (1994): *Sobre la pobreza en España 1965-1994*. Hacer, Barcelona.
- DEMAUSE, Ll. (1991): *Historia de la infancia*. Alianza, Madrid.
- DENZIN, N. K. (1977): *Childhood Socialization*. Jossey-Bass Publishers, San Francisco.
- DREITZEL, H. P. (1973): *Childhood and Socialization. How children interact with adults, in the family, the commune and the school*. Macmillan Publishing Co., New York.
- ESTEVA, G. (2003): “Adiós a la pobreza”, Suplemento 30 de *La Vanguardia*.
- ELIAS, N. (2000): *La sociedad de los individuos*. Barcelona, Península.
- EUROSTAT (1997): “Income Distribution and Poverty in EU12-1993”, *Statistics in Focus: Population and Social Conditions*, N° 6. Luxembourg, Eurostat.
- FROMM, E. (1982): *El miedo a la libertad*. Paidós, Argentina.
- GALBRAITH, J. K. (1992): *La sociedad opulenta*. Barcelona, Ariel.
- GARCÍA LIZANA, A. (1996): *La pobreza en España*. Ediciones Encuentro, Madrid.
- GOFFMAN, E. (1988): *Internados*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GÓMEZ DE LIAÑO, I. (1989): *La mentira social. Imágenes, mitos y conductas*. Técnos, Madrid.
- GUALDA, E. y VÁZQUEZ, O. (1995): *Aproximaciones a la pobreza y la desigualdad en Andalucía*, mimeografiado. Universidad de Huelva.
- HARRINGTON, M. (1965): *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*. F.C.E., México.
- INNOCENTI REPORT CARD (2000): *Child Poverty in Rich Nations*. United Nations, Childrens Fund, Florence.
- LEWIS, O. (1969): *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. F.C.E., México.
- MACHÍN, S. (1998): “Childhood Disadvantage and Intergenerational Transmission of Economic Status”, en ATKINSON, A. and HILL, M. (eds) *Exclusion, Employment and*

- Opportunity, CASEpaper*, N° 4STICRD, London School of Economics, London.
- MARTÍN, G., GARCÍA, A. y FERNÁNDEZ J. (1989): “Distribución espacial de la pobreza en España”, en AA.VV. *La pobreza en España de los 80*, ed. Acebo, Madrid.
- MEAD, S.H. (1990): *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós, México.
- MERTON, K.R. (1980): *Teoría y estructura sociales*. F.C.E. México.
- MORENTE, F. (1997): *Los menores vulnerables*. Universidad de Jaén, Jaén.
- MORENTE, R. (1982): ‘*Lo hago porque yo quiero*’. *El desarrollo evolutivo de niños de 2 a 4 años*. Ayuntamiento de Granada, Granada.
- PÉREZ IRUELA, M. H. Sáez y M. Trujillo (2002): *Pobreza y exclusión social en Andalucía*. CSIC- IESA, Córdoba.
- PÉREZ MORENO, S. (1999): *Las condiciones de vida de la población pobre en Andalucía. Informe general*. Cáritas de Andalucía, Granada.
- RAWLS, J. (1993): *Teoría de la justicia*. FCE, Madrid.
- REICH, R. (1993): *El trabajo de las naciones*. Javier Vergara editor, Madrid.
- ROUSSEAU, J.J (1998): *Emilio, o De la educación*, Alianza, Madrid. (E.O. 1762)
- SARTRE, J. P. (1984): *El existencialismo es un humanismo*. Orbis, Madrid.
- SHIVA, V. (1995): *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*. (E.O. 1988)
- SEN, A. (1999): “The possibility of social choice”, en *The American Economic Review*, v. 89, N° 3, p. 349-378.
- SIMMEL, G. (1977): *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Revista de Occidente, Madrid.
- TORTOSA, J.M. (1998): *La pobreza capitalista*. Tecnos, Madrid.
- UNICEF (2000): *Informe anual 1999-2000*. Centro de Investigaciones Inocenti, Florencia.
- VV.AA. (1989): *La pobreza en España de los 80*. ed. Acebo, Madrid.
- WORLD BANK: *World Development Report 2000/2001. Attacking Poverty*. New York. Oxford University Press.

